

La huella perdida

«Es algo irreversible. En aquel momento ella no debió abandonarte y tú no debiste ser
abandonada».

Kafka en la orilla, Haruki Murakami

«La abuela ha muerto». Me enteré así, con una oración de tres palabras en un mensaje del grupo «Familia». Luego comenzaron a llover emoticonos con caritas tristes, ángeles volando y manos en posición de rezo. También hubo plegarias y autorretratos sacados con la cámara del móvil en los que se mostraban lágrimas y expresiones de dolor.

Sin embargo, a pesar de tanta profusión panegírica sobre sus cualidades, la abuela murió sola. Sin nadie de la familia a su lado. Sólo acompañada por su cuidadora, una desconocida para nosotros, pero su aliento de los últimos años.

Y es que nunca he comprendido por qué mis padres delegaron los cuidados de la abuela. A ella no sólo no le gustaba ser una carga, sino que el hecho de recibir atención domiciliaria por personal sanitario le hacía sentirse enferma, en vez de anciana.

Cuando aparecieron esas tres palabras en la pantalla del teléfono, yo arrastraba, de un pasillo a otro, el carrito con los libros que habían devuelto los usuarios de la biblioteca para colocarlos en las estanterías correspondientes. El bolsillo trasero de los pantalones vibraba y no le hice caso hasta que terminé la jornada.

Tenía más de cien mensajes. La abuela había muerto sin sufrir, durmiendo en la mecedora bajo el sol de otoño, después del segundo desayuno, el que hacía contemplando las excursiones de los patos por el canal mientras Carmela, su cuidadora, le leía un libro.

Ya en casa, almorcé siguiendo las interacciones en el grupo.

—¿Cuándo se lee el testamento? —escribió una prima. Y de nuevo el aluvión con suposiciones, propuestas de horarios, alusiones a leyes, cuestiones sobre Hacienda...

La comida se me atragantó y el nudo permaneció ahí, arañando la garganta, los días que transcurrieron desde que me desplazé a Valencia hasta que regresé a Madrid.

La sala de reuniones estaba llena. Hijos, nietos, sobrinos, primos y otros parientes de la abuela, a los que no había visto en mi vida, esperábamos la consecución del ritual. El notario introdujo el abrecartas para romper el lacre. Los *flashes* se proyectaron en la mesa y en las gafas del hombre, haciéndole parpadear.

No hubo sorpresas, al menos para mí. La abuela era anciana, pero no tonta, así que le dejó a Carmela la finca en la que habían vivido juntas hasta su fallecimiento. Aunque no era la más valiosa económicamente hablando, sí tenía un encanto especial: se trataba de una barraca reformada cuyas vistas del Parque Natural de la Albufera envidiábamos todos cada vez que la visitábamos. Más de uno se había hecho a la idea de disfrutarla a su antojo y, en cambio, sólo se quedó con la derrota.

Nadie parecía dispuesto a violentar el silencio. Demasiado mal gusto para exteriorizarlo oralmente. La contención se mantuvo durante la despedida. Los abrazos y promesas de encuentros más frecuentes fueron sustituidos usando la escritura por mensajes acerca de la injusta y hasta ilegal —como llegó a poner uno de mis tíos políticos— repartición de bienes. En ese momento, la náusea fue absoluta y abandoné el grupo.

Nadie parecía dispuesto a reconocer su error. La abuela había estado postrada en su infierno en forma de asiento. Un sillón, una butaca, una mecedora, una silla de ruedas... Una eternidad de cuatro patas o dos ruedas a la que habíamos contribuido todos en menor o mayor medida priorizando nuestros quehaceres cotidianos.

Su enfermedad comenzó cuando yo iba al colegio. Como mis padres trabajaban todo el día, ella solía recogerme. Dábamos un paseo hasta el Parque de Gulliver, donde me subía por los toboganes y jugaba a que era un liliputiense que ayudaba a Gulliver a escapar. Merendábamos sentados en un banco o, si hacía frío o demasiada humedad, en su casa me preparaba una leche chocolatada acompañada por unas magdalenas esponjosas.

Cada quince días rompíamos esa rutina haciendo una escapada a la biblioteca. Yo envidiaba que pudiera elegir cualquier libro y en ocasiones ella hacía trampas: tomaba prestados libros para mí, los cuales me los leía en voz alta e iba adaptándolos a mi comprensión. Así me acerqué a muchos de los clásicos de todas las épocas y comencé a tener mi propia biblioteca personal con los libros que me regalaba, entre ellos una edición de *Secuestrado* de Robert Louis Stevenson a la que volvíamos una y otra vez.

Un día se cayó. Tenía ya catorce años y mis amigos se mofaban de que me esperara en la puerta del colegio. Por eso nos veíamos directamente en el parque. Disfrutaba mucho de su compañía, pero sentía su presencia como una losa que me

impedía relacionarme con los otros chavales. Sin embargo, desde la muerte del abuelo, ella se había refugiado en mí y yo en ella, debido a la ausencia casi permanente de mis padres.

Esperaba sentada en un banco, frente al monstruoso Gulliver, más menuda, más vieja. Enseguida me di cuenta de que algo no iba bien.

—Me he tropezado —dijo pálida—. No me responden las piernas.

Intenté ayudarla a caminar, pero se le doblaban las rodillas. Asustado ante su fragilidad, le pedí a una mujer que aguardara mi retorno junto a ella y corrí para llamar a una ambulancia.

Desde ese día, sus fuerzas fueron abandonándola poco a poco. «Las mañanas, las tardes y las noches son ahora idénticas», me decía con la tristeza y el encierro en su rostro. Para liberarla de esa espiral, trasladé la biblioteca a su casa. Seleccioné los libros que más le gustaban: policíacos, de aventuras e históricos. Y convencí a algunas de sus amistades para juntarnos en su casa y hablar sobre las obras. No siempre tenía el mismo éxito, pero, en general, conseguíamos que por un rato ella se olvidara de su sufrimiento.

Sin embargo, en el último año de instituto, el club de lectura empezó a decaer. Apenas disponía de tiempo libre y me centraba en la preparación del curso y de la prueba de acceso a la universidad. Seguía yendo a visitarla una vez por semana y cada dos le llevaba nuevos libros de la biblioteca. Pero esos encuentros más pausados en los que debatíamos sobre las decisiones de David Balfour, las semejanzas entre Ana Ozores y Emma Bovary o el arrojo de Guy Montag, quedaron en suspenso hasta terminar los exámenes.

Fue ese el motivo, el hecho de que pasara sola tantas horas en el piso desplazándose torpemente con el andador y las muletas, lo que la llevó a mudarse a la barraca de la Albufera. Mi padre puso el grito en el cielo, pero finalmente no le quedó más remedio que aceptarlo: en el campo, la puerta estaba a la altura del jardín; no había que usar ascensor ni bajar escaleras por lo que tenía menos obstáculos para salir al aire libre.

—Déjame que contrate una enfermera. Con el servicio de limpieza no es suficiente. Necesitas a alguien cualificado —dijo mi padre.

—No estoy enferma.

—Lo estás aunque no lo aceptes.

—Es vejez —insistía la abuela.

—Entonces, si no quieres una enfermera, llamaré a un contacto de confianza que me han dado. ¡Sólo a ti se te ocurre teniendo un piso en el centro de la ciudad mudarte a una zona de canales y de carreteras estrechas! ¿Y si te pasa algo?

—Estar en una cárcel es peor que la muerte.

Así apareció en su vida Carmela y así desaparecimos nosotros. Ese fue el último verano que la vi a menudo antes de iniciar la carrera en Madrid. Después mis visitas semanales se fueron convirtiendo en mensuales, trimestrales y, al final, se redujeron a las fiestas de Navidad y Semana Santa. Además en agosto aprovechaba para aprender inglés en el extranjero. Mis estudios y mi vida universitaria me alejaron de Valencia.

Como me remordía la conciencia, la llamaba por teléfono. Ella me preguntaba por el bullicio de la capital, los cafés literarios, las exposiciones, los libros que me estaba leyendo; y yo, por los patos, los atardeceres y las visitas de mis padres, como si únicamente ellos tuvieran la culpa de su soledad.

Mis paseos con la abuela, su decaimiento, cómo mi padre metía su urna en el nicho junto a la del abuelo... Todos esos recuerdos parecían de otra persona y se mezclaban entre sí durante el regreso a Madrid, en el que me aferraba al ejemplar de *Secuestrado*, que habíamos leído juntos tantas veces y que había tomado como herencia sentimental, esperando encontrar en él la caricia que mi abuela no había podido darme en su despedida. Estaba tan ensimismado que el metro llegó a la parada de improvisado y el libro se quedó ahí, en uno de los asientos, a la espera de que alguien se fijara en él.

Los días fueron haciéndome olvidar su soledad, mi soledad. Su rostro inerte. Los patos en el canal. Me centré en los latidos de la rutina hasta que se hizo mi forma de vivir.

Al principio no le di importancia. Sonaba el despertador, desayunaba, me aseaba y me iba a trabajar. De la biblioteca volvía a casa y el resto de la tarde la dedicaba a leer o a ir al gimnasio. Por la noche me duchaba, cenaba, veía un par de horas la televisión y me acostaba hasta el día siguiente, en el que volvía a empezar la rutina. Los fines de semana me los pasaba en casa, prometiéndome que aprovecharía para ir al cine, al museo o, simplemente, a pasear, pero lo cierto era que repetía como un robot las mismas acciones que las de los días laborables.

Esta planificación sufrió un cambio. Debido a unas obras de remodelación en la biblioteca, nos trasladaron a otra y tuvimos que adaptarnos a los nuevos turnos.

—¿Te has fijado en que, aunque todas las bibliotecas tienen un olor similar, siempre es distinto? —preguntó mi compañera—. Echo de menos el olor de la nuestra.

Olisqueé buscando ese matiz, pero no percibí ninguna fragancia significativa, quizás por la congestión de mi resfriado de enero.

En los días sucesivos, cada vez que entraba, inspiraba profundamente y con lentitud como si las narinas fueran bolsas donde se pudiera retener lo etéreo. Pero no olía la presencia de los libros. En el almacén, donde estaban algunos de los libros más antiguos y que no estaban expuestos a fin de proteger su estado, me puse a olfatear ejemplares. Los abría y, delante de las narices, casi rozándolas, pasaba las páginas amarillentas. Sin resfriado no tenía sentido que no fuera capaz de oler la lignina.

Meditabundo, pasé la jornada dándole vueltas al tema. En casa, cogí mis libros de la niñez, pasé sus páginas con la suavidad necesaria para reconocer un aroma que, en cambio, había partido.

Abrí un paquete de café, partí un limón al medio, llené la encimera de la cocina con cuantos alimentos olorosos hubiera. No tuve que pegarme a ellos para detectar su aroma, así que me tranquilicé. Sería una cuestión pasajera, incluso imaginaria.

Pero no fue así. No olía mis libros ni los de la biblioteca y tenía que descubrir por qué. En un mapa de la ciudad marqué todas las bibliotecas, empezando por la Nacional. Me llevó meses recorrer todas ellas, repetir la visita y acudir a las de las localidades cercanas: Alcobendas, Getafe, Alcalá de Henares...

La cuestión me afectó al sueño y, a pesar del miedo al ridículo, me cité con varios otorrinolaringólogos.

—El cuerpo se acostumbra a los olores que ya conoce. No le dé importancia porque no hay ninguna patología —me explicaban tras realizar numerosas pruebas.

Para pensar en otras cosas, me apunté a un curso que daban en Toledo sobre crítica textual y archivística del Renacimiento. Aunque estaba a menos de una hora en tren, nunca había visitado la ciudad, una de las más bonitas para mi abuela. No lo pensé dos veces. Me vendría bien salir durante un fin de semana del dédalo en el que me había perdido.

La última conferencia del viernes terminó hablando sobre las piezas más significativas que se custodiaban en la última planta del Alcázar, sede de la Biblioteca Pública en Toledo. Mencionaron a Antonio de Nebrija, la *Biblia* Plantino... Lo que me

sorprendió fue el hecho de que se encontrara arriba del edificio y no en la primera planta, como solía ser más frecuente.

Fui hasta la biblioteca. Estaba a punto de cerrar.

—Mañana también puede visitarla, si quiere más tiempo —me dijo una bibliotecaria—. Pero pase. Aún faltan diez minutos para cerrar.

Como un niño asustado y atraído por el temor, entré en la sala. Los techos altos y las luces encendidas otorgaban al conjunto de una belleza tranquila y señorial cuyo silencio sólo se interrumpía por las suelas de mis zapatos.

Había tres niveles de estanterías y se accedía a ellos a través de las escaleras. Al no disponer de mucho tiempo, eché una ojeada para localizar los más antiguos. Abrí varios de ellos y los olí. No estaba seguro de sentir su aroma. Parecía lejano o soñado. Escogí otros al azar por el color de las páginas, pero no pude distinguir nada especial.

—¿Puedo ayudarle? —me dijo amablemente la bibliotecaria.

—No es nada. Sólo una pequeña obsesión mía.

—A mí también me gusta el olor de los libros. Me recuerda a la vainilla.

—Estoy... —buscaba una respuesta convincente—, estoy buscando una edición de *Secuestrado* de Stevenson.

—Entonces por ahí no busque. Esos son enciclopedias y diccionarios.

Me sonrojé. Yo trabajaba en una biblioteca así que me sentí estúpido por la excusa tan tonta que había improvisado.

—Es una edición de cuando yo era niño, con tapas verdes, rígidas y a imitación piel.

—¡Ah! —Se le iluminaron los ojos—. Creo que sé cuál dice.

La acompañé por unas escaleras. La estantería estaba repleta de libros de Stevenson, pero no encontraba el que le había pedido.

—A lo mejor está en la selección de libros de aventuras que hemos preparado a la entrada, cerca del mostrador de préstamo.

En una mesa había ejemplares de *Moby Dick*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *El corazón de las tinieblas*, *La venganza de Sandokán*, *Los tres mosqueteros*, *La isla del tesoro* y otros muchos que había leído con mi abuela.

—No tenemos suerte —se disculpó—. Probaré con el ordenador. Quizás esté prestado.

—¿Y allí, en el estante de las devoluciones? —Señalé a un libro cuya encuadernación era similar a la que estábamos buscando.

—Pues tiene razón. Aquí está.

Cuando me lo puso en las manos, comencé a sentir el olor de una huella perdida, la del ejemplar de *Secuestrado* que había llevado conmigo desde Valencia y que había dejado olvidado en el metro. No pude evitar abrirlo delante de ella y olerlo. Oler el recuerdo de la yaya, de la niñez, de la adolescencia. Oler el recuerdo a las horas que habíamos compartido juntos en el parque, en el piso y, durante aquel estío de mis dieciocho años, en el prado de la barraca.

A partir de ese reencuentro con el pasado, viajé todas las semanas a Toledo. Laura, la bibliotecaria, hacía de cicerone por la ciudad y, cuando nos quedó pequeña, por la provincia. Descubrí que las calles de Toledo tienen una fragancia distinta a las de Valencia o de Madrid, pero que en el fondo es igual, porque cuentan diferentes historias que son, a su vez, una misma repetición: el miedo a la soledad.

Por fin, hoy he vuelto a sentir el olor de todos mis libros tras un proceso de meses. Los he colocado en la estantería que hemos comprado. Muchos los tenemos repetidos y los exhibimos con el calor que nos sigue dando su lectura.

Sin embargo, hay uno que no está en las baldas sino que se halla aparte, más cerca de mis sueños, de mis pesadillas. Reposa en la mesilla para cuando no puedo dormir. Es un ejemplar de *Secuestrado* que me regaló Laura cuando a las escapadas a Toledo les dimos otro nombre. Tiene las mismas tapas, las mismas hojas oxidadas, el mismo...

...y tan diferente olor.